

## Conclusiones:

Hasta finales de los años sesenta, como se mencionó en la investigación, analistas y académicos de las relaciones internacionales, consideraron que si bien la política exterior de México se caracterizaba por mantener su congruencia en la aplicación de principios como la autodeterminación, la no intervención y la igualdad jurídica de los Estados, era evidente que la política exterior se encontraba totalmente desvinculada de la política interna. Este divorcio de la política exterior de los asuntos internos fue comprensible en épocas pasadas en las que México decidió “mirar hacia adentro”, ya fuera porque el modelo de industrialización se enfocaba en la sustitución de importaciones, o bien porque la estructura internacional de poder estaba claramente definida, dejando poco margen de acción a los países como México.

Durante la década de los setenta el modelo de sustitución de importaciones comenzó a mostrar señales de agotamiento que aunadas a diversos fenómenos externos de naturaleza económica, obligaron a México a buscar una vinculación más efectiva con el exterior. En pocos años México diversificó su presencia en el mundo y más adelante la descubierta riqueza petrolera no sólo proporcionó al país los recursos necesarios para iniciar una nueva etapa de crecimiento acelerado, sino que le permitió emprender una política exterior activa acorde con su capacidad de potencia media.

La profunda crisis económica que enfrentaba México en 1982 cegó la posibilidad de vincular estrechamente la política económica con la política internacional. No obstante de que la década de los ochenta se caracterizó por su gran activismo internacional, México se encontraba debilitado y empobrecido, en una situación de excesiva concentración de sus relaciones económicas con Estados Unidos, y sin haber logrado la diversificación que se había perseguido. Al mismo tiempo, la crisis centroamericana, obligó a que los gobiernos mexicanos se interesaran en la pacificación de el área, ya que las secuelas de estos conflictos afectaban la seguridad nacional. Desde finales de la década de los ochenta era imperiosa la necesidad de vincular la política exterior con la política interna.

El nuevo panorama internacional se caracteriza por grandes márgenes de incertidumbre, y contrasta radicalmente con la gran predictibilidad de la conducta de los diferentes Estados que prevaleció durante la Guerra Fría; por lo tanto este nuevo panorama ha representado retos a los que México ha tenido que responder. Para México el cambiante escenario internacional significó, la oportunidad histórica de lograr una mejor inserción de nuestro país en el contexto internacional que ha derivado en beneficios de desarrollo económico. Las nuevas circunstancias reafirmaron la necesidad de diseñar una política exterior a la medida de lo que las transformaciones económicas internacionales exigen. Si los cambios mundiales inevitablemente afectan a México, nuestro país tiene que ser un actor y no un espectador. Solamente con esta fórmula México puede maximizar sus beneficios y promover realmente los intereses nacionales.

La decisión estratégica a favor de una política exterior activa y diversificada adoptada desde el sexenio de Carlos Salinas de Gortari, exige un permanente diagnóstico sobre la situación internacional, así como de un profundo conocimiento de la dinámica que existe en las diferentes regiones del mundo. Por lo tanto, es necesario estar al tanto de los cambios y de las tendencias que pueden tener implicaciones para México. En este contexto, los diplomáticos mexicanos deben mantenerse alerta al surgimiento de riesgos súbitos y oportunidades insospechables, para tomar decisiones ágiles y oportunas para lograr obtener el mayor beneficio cuando las circunstancias lo permitan.

En el nuevo orden internacional, encontramos, un denominador común que forma parte de los intereses de la mayoría de los Estados, éste es el fenómeno de la inserción en la economía mundial, es decir el factor económico, el cual privilegia de manera significativa y otorga prioridad razonada a la nueva Diplomacia Económica, por sobre la tradicional Diplomacia meramente Política. El éxito mensurable de una gestión Diplomática está íntimamente relacionada, en estos tiempos, con su capacidad de ser puente para el desarrollo de la gestión económica y comercial entre los países involucrado.

La transición de la diplomacia tradicional a la diplomacia comercial en el caso de México ha generado circunstancias que menciono a continuación:

1. La acción de la política exterior mexicana se ha fragmentado y tomando dos vertientes: una dimensión política y una económica. La actual tarea del Estado mexicano ha sido vincularlas para poder llevar a cabo el proyecto nacional. El permitir que esta fragmentación se profundice crearía una separación entre el proyecto económico y el proyecto político. Es necesario conjuntar estos dos programas ya que ambos conforman el proyecto nacional.
2. No existe una coherencia en la administración de los asuntos económicos y políticos internacionales. La Secretaria de Relaciones Exteriores cada vez se encuentra más enfocada a desempeñara tareas de carácter político y consular en el exterior, por su parte La Secretaria de Comercio y Fomento Industrial se enfoca a desenvolverse en el plano de la economía exterior. Cada secretaria se encarga de resolver sus competencias pero no hay una coordinación entre ambas, tal pareciera que no existe una instancia que conjunte las acciones de la política exterior mexicana. La Labor de la Cancilleria mexicana se ve obstaculizada por el recelo que tiene cada secretaria con respecto a sus competencias en materia internacional. Por lo tanto, al verse obstaculizada la labor coordinadora de la Cancilleria la política exterior mexicana adquiere dos vertientes: un apolítica y otra económica.
3. Todo esfuerzo diplomático que se realiza en un país, debe ser visto con un sentido de continuidad en el tiempo. De allí la importancia de cumplir con los planes operativos y seguir políticas previamente definidas, armónicas con los intereses del Estado, por encima de la permanencia temporal de los funcionarios que la conforman. En el caso mexicano , como ya se vio a lo largo de la investigación, no existe una continuidad en la política exterior. La política exterior de México muestra una periodicidad sexenal, es decir los intereses que impulsan las acciones internacionales del país cambian en relación con los intereses prevalecientes del gobierno en turno.

El ejercicio de la Diplomacia se encuentra ante una encrucijada. Con preocupación puede verse que las Misiones Diplomáticas en general, no se adaptan a los nuevos retos que la comunidad internacional en sus distintas facetas exige. Afirmación un tanto dura pero cierta. Al igual que en otras áreas del quehacer humano, la modernización es una necesidad de estos tiempos, no sólo de las instituciones sino también de sus principales protagonistas, sean estos embajadores, cónsules, funcionarios de la Secretaría de Relaciones Exteriores o de la Secretaría de Comercio y Fomento Industrial, etc. Las Misiones Diplomáticas, entendidas como las Embajadas, los Consulados, Misiones ante Organismos Internacionales, así como sus miembros no se deben mantener como entes aislados al margen del acelerado mundo que vivimos, lo cual sitúa en otra dimensión a las relaciones entre los Estados, las Corporaciones, las Organizaciones no Gubernamentales y los propios individuos. La tradicional manera de hacer Diplomacia y representar los intereses de los Estados, pareciera quedar fuera de contexto, si no se complementa con modernos estilos gerenciales y una nueva actitud ante la oportunidad de aprovechar racionalmente los recursos humanos disponibles y el acceso a los instrumentos logísticos que tenemos hoy en nuestras manos, tales como los de la comunicación.

En la última década, un sinnúmero de acontecimientos en la esfera internacional han transformado los criterios, los métodos y los instrumentos tradicionalmente conocidos para hacer posible y efectiva las relaciones entre los Estados. Con el uso de Internet, el acceso a la información se ha hecho mucho más sencillo que en ninguna otra época. El rápido flujo de la información abre nuevos caminos, sugiere alternativas y simplifica la labor diplomática. A través de la informática se puede saber efectivamente dónde se encuentran las oportunidades de negocios para el Estado y para los empresarios mexicanos. Vivimos en un mundo en donde manejar los de la tecnología de la información es vital. Ciertamente, estos cambios e innovaciones producen resistencias. Las grandes transformaciones necesitan de mucha visión de futuro.

El proceso de globalización que abarca espacios económicos, sociales, políticos y culturales, no sólo exige de una diplomacia más dinámica sino que en su conjunto hace que las relaciones internacionales tengan más importancia que la que tradicionalmente habían tenido. Apenas hace una década no nos imaginábamos el ritmo de cambio económicos y políticos que se estarían por producir dentro de la comunidad internacional. No sólo se mueven aceleradamente informaciones de uno a otro lado del mundo sino también el capital y las mercancías se desplazan a una velocidad que sitúa a los Estados y a las empresas en un contexto totalmente distinto. Sin duda estar inmersos en un mundo global, nos desfigura el esquema tradicional en el cual hemos estado inmersos especialmente a partir de la Guerra Fría.

Si algo ha aprendido la diplomacia mexicana en esos años, es que la *negociación* sigue siendo la gran vía para la solución de conflictos. De igual forma, el gobierno mexicano ha entendido que el ejercicio de la actividad diplomática tiene que adaptarse a los nuevos cambios históricos y ser definida de acuerdo a la realidad nacional y contexto regional. La esencia de la representación diplomática no podrá ser superada y la embajada como ente estructural de esa representación tampoco. Todos estos nuevos engranajes constituyen el mayor de los retos para los Diplomáticos ya que para poder representar efectivamente a México dentro de este nuevo contexto mundial, deben entender estos extraordinarios cambios, definir estrategias y conocer los verdaderos intereses y valores de las sociedades aceleradamente cambiantes en un mundo que ha transformado unas complejidades como las resultantes de la Guerra Fría por otras igualmente preocupantes.

La realidad en la que se mueve el agente Diplomático ya no es simplemente interestatal como lo era en el pasado. Hoy en día existen también un sinnúmero de organizaciones, factores y realidades tan dinámicas, que nos sitúan ante un plano tan disímil como retador. Allí están las organizaciones internacionales, las organizaciones no gubernamentales, los insurgentes y beligerantes que producen aún un significativo número

de conflictos a lo largo y ancho del planeta. Estamos entonces frente a una nueva realidad compleja. La inserción exitosa o no en ella, dependerá de la disponibilidad que tengamos en asumir los cambios estructurales requeridos y de ver el mundo hacia adelante, sin complejos y con optimismo. Esta realidad obliga al Diplomático con cara al futuro a desarrollar la imaginación, ser activo y con flexibilidad para enfrentar los nuevos retos. El Diplomático que se requiere en esta nueva era también debe ser transformado, al igual que las estructuras y los conceptos que prevalecen en relación a como se debe actuar en el nuevo contexto mundial. Quien ejerce las relaciones internacionales ya no se puede conformar con una manera de actuar estática en donde su capacidad de respuesta dependía de la misma que tuvieron sus cancillerías. La demanda de estos días es de individuos precisamente con capacidad de respuesta y en condiciones de representar cabalmente la corriente de pensamiento del Estado al que pertenecen.

Las exigencias del pasado no han variado, pero sí la motivación. Hoy por hoy se requiere de Diplomáticos mejor formados con alta capacidad gerencial, con conocimientos del comercio internacional, detectores de oportunidades de negocios, con instrumentos idóneos para ser eficientes y profundos en el análisis político-económico y por supuesto, conocedores de los avances tecnológicos y de la información a fin de representar y aprovechar al máximo las oportunidades de un mundo competitivo y globalizado. El que se produzcan los cambios necesarios, son los objetivos que se deben proponer los formuladores de política exterior. Esta perspectiva encuentra en la práctica muchas dificultades, ya que hay quienes ven las misiones en el exterior como reducto para el clientelismo político o como castigo o premio para controvertidos personajes políticos.